



“Lumen ad revelationem gentium” (Lc 2, 32)

Queridos Hijos y Hermanos,

La liturgia nos sitúa, después de la celebración del Misterio del Nacimiento del Verbo de Dios hecho carne, en la festividad de la Sagrada Familia. Esta fiesta está en perfecta continuidad con la anterior solemnidad. Tanto en la Navidad como en la Sagrada Familia, contemplamos *el misterio del anonadamiento de Dios*. En la fiesta de hoy el Verbo hecho carne se humilla hasta someterse a la autoridad humana, más concretamente, se somete a la autoridad de unos padres terrenales. Aquel por quien y para quien todo fue hecho, lo que está en el cielo y lo que está en la tierra; Aquel a quien se la ha dado toda potestad, honor y Reino, y cuyo Reino dura por los siglos; Aquel que es Dueño y Señor del mundo, *voluntariamente acepta humillarse y obedecer a los hombres*. ¡Qué gran misterio de la humildad de Dios! ¡Cuánto debiéramos aprender de él!

Meditar en el tema de la familia en estos tiempos en que se la persigue y se busca su aniquilación, en estos tiempos de anomía, es decir, de destitución del principio de autoridad, es de suma importancia. Quebrado el principio de autoridad, se produce un daño enorme no sólo al interior de los hogares, tanto en los cónyuges y sobre todo en los hijos, sino en la misma sociedad. Además la dialéctica hegeliana a contrapuesto a padres e hijos llegando a tal punto, que esto no constituye solamente un rechazo de unos por otros, sino que *se trata nada menos que los padres dan muerte a los hijos por el aborto y los hijos a los padres por la eutanasia*.

Siendo Dios Autor de lo creado y quien sostiene a las criaturas en el ser, es soberano de todo. A su gobierno providente están sometidas todas las cosas. Así mismo los hombres han de someterse también a su autoridad, ciertos de que por esta sumisión alcanzan la felicidad plena. Ahora bien, Dios ha querido obrar por mediaciones humanas. De esta manera, los

padres participan de la misma autoridad de Dios, así como participan también de su obra creadora al engendrar a los hijos. Por tanto, un hijo que se somete a sus padres, a Dios mismo obedece (cf. Eclo 3, 7). Lo mismo ocurre con cualquier autoridad legítimamente constituida. Ya lo decía nuestro Padre San Benito al hablar de la obediencia que los monjes deben prestar a su Abad, que es Cristo en el monasterio (RB cap.V). En todo caso, a pesar que la bestia liberal pareciera triunfar en los tiempos actuales al haber separado la sociedad de su Rey, Cristo ya ha vencido al mundo, y el hombre particular o socialmente hablando ha de someterse a Él *necesariamente* en el momento en que el Padre lo disponga.

Una familia bien constituida, en la que no está quebrado el principio de autoridad, es la base de una sociedad ordenada. Es en el seno de la familia donde pueden transmitirse sólidamente los valores naturales y evangélicos. Es la primera escuela de formación de santos y de donde saldrán las vocaciones sacerdotales, religiosas y laicales, que serán los que luego trabajarán para la instauración del Reino de Dios en la sociedad. Por el contrario, quebrado este núcleo desde dentro, pronto la misma sociedad quedará destruida. No hay medio más poderoso para secularizar una sociedad que destruyendo la familia. Todo esto lo vemos hoy, con dolor.

Pidamos con insistencia a Dios Padre, por la mediación única de su Hijo, que se encarnó en el seno de una familia, que proteja esta institución de los embates del enemigo. Así mismo, roguemos por intercesión de María Santísima y de San José, que suscite santos matrimonios que sean una luz en medio de las tinieblas del mundo. Matrimonios que sean luz para iluminar a las naciones con su testimonio de vida, como modelos de una sociedad humana porque cristiana. Pero si la misma sal ya no sala, es decir, si los

propios matrimonios cristianos padecen el mismo mal que los paganos, ¿qué queda para el mundo de hoy?

Y nosotros, en Schola Veritatis, demos testimonio de la verdad de la Institución familiar, mediante una vida comunitaria de familia que manifieste toda la alegría que se da en una familia cristiana elevada por la gracia. Que nuestra propia familia religiosa sea un testimonio para nuestras familias tantas veces destrozadas. Una de las razones por las cuales podemos perseverar en nuestra vocación en estos años fundacionales tan bonitos es sin duda la belleza, la unidad y la alegría de nuestra familia, todo lo cual es don de Dios.

Que el Niño Jesús sea para nosotros modelo de humildad, sumisión y obediencia y nos conduzca por este camino de anonadamiento a la gloria de la vida eterna. Que nuestra familia sea siempre imagen de la vida de la misma Trinidad. Que Jesús, María y José nos lo concedan. Amén